

NOTAS

THUNUPA

Por FERNANDO DIEZ DE MEDINA

"Samiri" o descansadero —dice la tradición Kolla— es la morada de los antepasados.

Elegid cualquier accidente del paisaje: Una cueva, la prominencia de la montaña, esa colina ondulante, un árbol solitario, el lago inmóvil, una pirca de piedras. Son "samiris". Hombres y animales en sus correrías por el antiplano, buscan un lugar de reposo, el asilo bienechor que repara las energías perdidas y da nuevo acicate a la jornada. "Samiri" es el fuerte ligamen del suelo con su poblador, el don que "Pachamama" —la Tierra Madre— concede munífica a sus criaturas. Todo paraje, todo accidente natural, irradian una fuerza misteriosa que envuelve al viajero, cuando el viajero como el poeta antiguo busca y absorbe los efluvios del paisaje. El indio acude a su "samiri" en son de protección; quiere fortalecer el cuerpo y elevar el ánimo antes de reanudar su marcha. Entonces el ancestro lo reanima con su viejo poder vitalizante; repara las fuerzas desgastadas, temple el espíritu medroso; y lo arroja otra vez al mundo de la acción. Así es el ancestro: envuelve y ampara al afligido. Así es el hábito de los antepasados: levanta el corazón que sufre. Pero esto sólo lo sabe el kolla, hijo de la Tierra, anterior al quechua, hijo del Sol. Y quien no se sumerja en sus mitos telúricos, ignora las culturas primitivas del Ande inmemorial.

"Samiri" —dice el indio— y un resplandor alado enciende sus ojos de bronce. La fe simbólica del cristiano, corresponde al culto animista del nativo por la naturaleza circundante. "Samiri" es pues una forma de la fe natural. Y viniendo a lo presente, en un tiempo de vacilación y pesadumbre, para los extraviados hijos de esta inmensa nación nocturna, ¿cuál será el descansadero capaz de reanimarlos y elevarlos a una mística de resurgimiento nacional?

El "samiri" de los bolivianos debe ser la evocación del nombre de Thunupa.

Magno misterio del tiempo mítico, Thunupa es también el nódulo vital del tiempo nuevo. Numen cosmogónico, es una fuerza activa que moldea el universo andino. Numen teogónico, es el hijo de Wirakocha, profeta y caudillo de almas. Numen histórico perdura con los orígenes del río Desaguadero. Numen moral,

es el restaurador de la ley natural en las costumbres. Gran sabio y señor le llamó el indio, porque amparó al desvalido, desafió al poderoso, fué brújula y candela del opreso. Thunupa combate la iniquidad, predica justicia. Es amigo de los justos, enemigo irreductible de los déspotas. Y cuando nos sentimos vencidos por el terror de las punas desoladas, su recuerdo traspasa de piedad y de belleza la ruda longitud de la meseta. La montaña es Thunupa, porque trasciende virtud y fortaleza. El varón recto es Thunupa, crecido en la verdad y la etereza. Y Thunupa es también esa fuerza interior que alienta en el corazón del hombre, muchas veces desfalleciente pero jamás vencida por el dragón que nos devora cada día.

Hay tres versiones del mito de Thunupa: la kolla, la quechua y la española. Tomemos la primera, ya que las otras dos deforman el mito originario.

La leyenda kolla refiere que el andino conoce a Thunupa desde los tiempos más remotos. Thunupa, hijo de Wiracocha el Creador del Universo, es uno de los héroes tutelares de la raza. Thunupa está presente y dirime la contienda entre el Mururata y el Illimani, allá en los albores de la cosmogenia andina, cuando mares y cordilleras modificaban la morada humana. Castiga la corrupción de los primeros moradores de Tiawanacu, transformándolos en piedra. Y su nombre aparece también en los mitos solares del Titikaka, luchando contra Yaurinka, la serpiente del abismo que amenaza las islas y los tronos. Pero el Thunupa histórico aparece un milenio antes de Atahuallpa, a la caída del Tercer Imperio Kolla, cuando los nómadas del bosque y de los valles subandinos suben a la meseta, al amparo de la guerra civil que disgrega el Kollasuyo.

Deteníase el profeta en los poblados kollas, bastándole un oyente para iniciar su prédica. Después llegaban otros como ovejas al redil, y al terminar su admonición un rebaño azorado veíale perderse en lontananza. Alto, bien conformado, su tipo ascético denotaba privaciones físicas. Vestía un hábito talar de lana finísima, ceñido por un delgado cordón de cáñamo. Sandalias de vicuña. Y una rama de olivo silvestre por báculo. Aventajaba a los fornidos kollas más que en la estatura, por la majestad de porte y de accidente: un andar tranquilo de nube, un habla honda y sosegada, un mirar cautivante como la llama de una lámpara de aceite. Regresaba con la aurora, reanudaba su prédica y volvía a marcharse en el crepúsculo; así por nueve días consecutivos, al cabo de los cuales emigraba. Al principio no se quiso dar importancia a sus palabras, pero niños y ancianos las recordaban y fué menester que todos se ocuparan de ellas. Thunupa prevenía contra la disolución moral; atacaba la violencia, la rapiña, la embriaguez, la poligamia; pedía la reforma de las costumbres, clamaba por la justicia y por templanza. Sus ojos desprendían amor al dirigirse a los humildes, desprecio al enfrentar a los mandones y a los "mallcus"; y al denunciar a los déspotas, su verbo solía encrespase de coraje. Un "chajño" del Ande, ese pajarillo de vivaces movimientos, cuyo pelaje negrísimo y lustroso alterna con manchas de oro, jamás abandonaba el hombro del profeta. Y era en verdad su único atavío.

Transcurrido algún tiempo, Thunupa retornaba al mismo poblado, en viajes circulares que además de moralizador le iban creando fama de mago, pues su presencia coincidía con sucesos maravillosos. En Taraco, su llegada aplacó la tempestad. Ahuyentó la sequía en Aigachi. Dícese que aplanaba montes, protegía cosechas, sacaba el agua del fondo de las peñas. Y en Cacha, donde no había seres justos porque todos andaban contaminados de iniquidad, con serpientes de fuego calcinó la roca. La tercera vez que reapareció en Carabuco, fué apresado por los guerreros de Makuri y conducido a presencia del caudillo. Impío, cruel, concupiscente, Makuri se mofó del profeta pero quiso valerse del mago:

—Tu palabra es humo —dijo el caudillo— ni molesta ni perdura. Mas si eres hechicero, convierte este plomo en oro.

Negóse el peregrino a complacer al guerrero, y alzando la voz como el viento áspero y tonante de la puna, denunció sus crímenes conjurándolo a cambiar de vida:

—¡Vuelve a la ley de Wirakocha! Despréndete de la culebra que te consume.

—¿La ley...? ¡La ley es Makuri! —replicó el déspota.

Y confiado en su fortaleza física desafió:

—Lucha conmigo. Makuri no teme a guerreros ni a hechiceros.

Una expresión de tristeza veló el semblante de Thunupa:

—Necio —contestó— la culebra no debe luchar con el águila.

Entonces el caudillo montó en cólera:

—¡Es un impostor y un cobarde! —profirió. ¡Arrojadlo a hondazo limpio!

Y Thunupa fué lapidado por los honderos de Makuri. Los indios vieron cómo se abría su piel bronceada: un tajo profundo en la sien, la boca desgarrada, gruesos hilos de púrpura tiñeron el pecho descubierto. Cuando se alejaba, agotado y vacilante, todavía le perseguía la lluvia de las hondas derribándole tres veces. Pero el profeta volvió al siguiente día, y estaba intacto su cuerpo, inmácula su vestidura albisima. Y un pájaro aurinegro posado en el hombro. Y cuando los hombres de Makuri fueron a las fraguas para trabajar los metales, ya no los encontraron. Y fué que Thunupa, queriendo evitar la corrupción por la riqueza, había recogido los metales situándolos en las altas sierras, para que su posesión demande dolor y sacrificio.

Thunupa recorre el Ande por espacio de muchas lunas, haciéndose familiar su figura a los kollas: siempre desafiando al poderoso, protegiendo al desvalido, denunciando la iniquidad y el fraude. De sus muchos prodigios se cuenta que en Sicasica, donde seres malvados prenden fuego a su lecho de paja, las llamas le guardan el sueño. Otra vez amarrado al poste del sacrificio por los mandones de Sorata, tres águilas se precipitan velocísimas desde la cima del nevado y sueltan sus ligaduras. Thunupa sufre largas prisiones en las cuevas subterráneas de Carangas, y castigos extenuantes en Chuma, en Calamarca, en Ancoraimes, por combatir el mal. Los menos atienden su mensaje; los más le apalean y expulsan. Mas el profeta no desmaya. La huella de su sandalia cruza montes y quebradas, pasa los ríos, cose como un hilo de fuego los pueblos diversos y dispersos del altiplano. A veces castiga la injusticia, obra prodigios, mitiga la desdicha, pero a menudo es víctima de los hombres, porque como todo reformador religioso debe expiar su grandeza en el dolor. Y aunque no puede extirpar el mal que se aposenta en los que mandan, es el refugio acogedor de los que obedecen. Thunupa es la esperanza.

Un día el Inconforme decide marchar a Copakawana, donde sacerdotes corrompidos olvidan a Wirakocha por el culto totémico del Jaguar. Arrojando un vellón de su túnica a las aguas, Thunupa navegó en él hasta la isla de Itikaka, la peña sagrada en la cual deja esculpida la forma de su cuerpo. Itikaka, morada mítica donde Wirakocha batió a la "Chamajpacha" —la edad oscura—, conformó el Lago, y dió a los kollas númenes celestes y telúricos, infundió más confianza al profeta en su misión: uno perecerá para salvar a los demás. Fortalecido por la soledad y la meditación, Thunupa navegó después rumbo a Copakawana. Apenas puso pie en la bellísima península, los adoradores del Jaguar le apresaron. Increpó el profeta a los zoólatras, atribuyéndoles el mal que cundía por los pueblos altiplánicos. Fustigó sus vilezas. Instóles regresar a la ley de Wirakocha. Y a pesar de los castigos con que fué amenazado, negóse a rendir culto a la espantable fiera que moraba en lo alto del peñón.

Entonces el "thaliri" de Copakawana, tras de consultar a los "amautas", dijo sordamente:

—El dios invisible murió hace muchas lunas. Ya no es. No tuvo descendencia. Pero el Padre Jaguar renace de felino en felino; y aquel que ostenta una mancha roja en la frente, ése es el Dios Vivo. El Jaguar no miente; el Jaguar anuncia la desgracia y la victoria, protege las cosechas, ahuyenta las enfermedades y las plagas. Cada uno de sus movimientos, está ligado al destino de los "kollas". Por eso le cuidamos, por eso lo llevan los guerreros de Makuri en sus escudos. Y sólo pide un poco de sangre.

Miró con lástima Thunupa a los magos:

—Ciegos.... enjaulados.... crueles.... jaguares también vosotros —dijo—. ¿Por qué inmoláis criaturas?

—La Madre Serpiente bebe sangre.

—¡Miente la Serpiente y el Jaguar miente! —fulminó Thunupa—. ¿Qué sabéis vosotros, hijos del mal? Antes que "Pachamama", la Tierra Madre, antes que "Inti", el Padre Sol, fué Wirakocha el Dios inextinguible. ¡No matéis, no hagáis fraude, no manchéis la misión sacerdotal! Dejad el culto ofídico, no hagáis humilladeros al felino: Wirakocha pide paz. La sangre de la serpiente para la piedra, la sangre del jaguar para el cuchillo de obsidiana. Pero la sangre del kolla para el kolla, fluyendo tranquila hasta que Wirakocha la detenga.

—¡Que perezca, que perezca! —prorrumpieron los magos. ¡Insultó a la Serpiente y al Jaguar!

—Aguardad —dijo el "thaliri" a su gente; y volviéndose al profeta insinuó: —Si retiras tus palabras, si reconoces la ley bermeja del Jaguar, te elevaremos a la dignidad sacerdotal. El Dios Vivo recompensa a sus servidores.

—No persigo el poder, sino la verdad —replicó Thunupa—. Yo soy el que sirve sin esperar recompensa.

—¡Que perezca, que perezca! —aullaron los magos.

Dispuso el "thaliri" de Copakawana que el profeta fuera castigado por su osadía. Llevaron a Thunupa a una colina pedregosa, rasgaron su alba vestidura, hicieron mofa de su desnudez. Una lluvia de palos y de piedras cayó sobre el profeta. Bajaron luego el cuerpo exánime a la playa y amarrándolo al mástil de una frágil balsa de totora, lo abandonaron a merced del viento y de las aguas. Entonces las ondas del Titikaka se encresparon, brotó la tempestad de su seno hundiéndose muchas embarcaciones, y la navecilla enfiló hacia el estrecho de Tiquina, pasmando a todos por su rapidísima navegación. Iba Thunupa en ella, escoltado por los ejércitos de Illapa, mensajero ígneo de Wirakocha, señor de los relámpagos alados, del rayo que fulmina, de los truenos que ruedan y resuenan sin descanso. Conforme navegaba cargando la maldad humana, crecían balsa y profeta en estatura; y al llegar a la playa de Cachamarca era tal su grandeza y poderío, que la tierra se abrió en canal vertiginosamente para darles paso. Hendió la balsa en mayor distancia la tierra que las aguas, hasta perderse por las azules inmensidades del Poopó. Y del surco legendario de la balsa de Thunupa, nace el curso fluvial del Desaguadero, río mítico que enlaza los dos mayores depósitos lacustres del Ande.

Pero el Inconforme no murió: un monte, un río, un camino llevan su nombre. Los kollas dicen que su balsa solitaria surca el Titikaka y se desliza por el antiplano. Deidad benéfica, suele tornarse a veces punitiva y reparadora. Habla en el trueno, previene en el relámpago, castiga con el rayo. Sus manos venerables protegen las cosechas, su mirada suave mitiga la desgracia. Está siempre con los necesitados, se impone frente al déspota. Denuncia la iniquidad, exige justicia. Y para los hombres de fe, es símbolo de resurgimiento y de pujanza, porque él en-

señó la costancia inquebrantable: sin llanto, sin fractura, sin quebranto. ¡Fuerza moral superadora de infortunios! Es el piloto del alma india. Desde la oscura lejanía cosmogónica, Thunupa —mítico dios— sigue conformando el universo andino. En el duro presente, Thunupa —dios humano— prepara y fortalece voluntades para un futuro mejor.

Así es Thunupa: el Inconforme.

LA VOZ MISIONERA DE PAUL CLAUDEL

Por ALFONSO LOPERA L.

Hace sesenta años resuena en todos los ámbitos en donde sopla el aliento de Francia, una voz que patentiza el espíritu creyente de su raza y el afán misionero que a través de los siglos la ha animado. Voz robusta, original, saturada de resonancias campesinas, que en veces se adelgaza como el sonido de la campanilla litúrgica y asume en otras acordes plenos de órgano en naves catedralicias, que es en ocasiones delgado hilo de plegarias o se hinche después con estridencias de trompetas bíblicas.

Es la voz de Claudel, de un poeta que cumple su misión con la fe de un creyente medioeval; que se sabe poseedor de una voz que debe resonar aquí y allá, oportuna e importunamente, en el silencio de los templos o entre el bullicio de las multitudes. Claudel se enorgullece de levantar insólitos acentos cuando todas las voces se aúnan en coros mundanos, y rinde altivo su testimonio a la faz de todas las tierras.

Ha traspuesto todos los meridianos y absorbido innumerables horizontes, de todo ha sacado una voz universal que puede concretarse en esta frase suya: "Mi deseo es el de ser la conjugación de la tierra de Dios". Por eso hay en Claudel, según afirmación de Pierre Descaves "algo de testigo y de profeta, de visionario y de apóstol". Todo ello porque ha sabido conjugar íntimamente la fe y el arte y de tal manera se han vuelto inseparables que le han dado a su verso fisonomía inconfundible y han hecho del autor "un hombre siempre actual" como buen lo aprecia Duhamel.

En la formación de esta voz misionera han entrado diversos elementos: el espíritu francés, creyente, apegado al terruño pero con proyecciones ecuménicas, conciente de su misión sobre la tierra; la fe, robusta y firme como las pétreas construcciones medioevales, combativa como el afán de los cruzados, misionera como el alma de Colón, tan ardientemente exaltada por Claudel, recogida en la plegaria y el sacrificio, viva con todo el vigor de nuestro siglo agitado; el estudio de los clásicos (Esquilo, Dante, Bossuet) y sobre todo la asidua asimilación de los Profetas y los Salmos, la cotidiana contemplación de la liturgia y la rumia permanente e los textos sagrados; todos esos elementos fuéronse reduciendo en el crisol de su espíritu creyente y nos dieron la admirable vibración de esta voz católica y misionera.

Una de las últimas fotografías de Claudel nos lo presenta en la iglesia de Brangues, en una silla baja, abismado en la oración. Contra la columna, junto a él, un grueso bastón de caminante. Por cierto que a quien le censuró como un tanto sacrilega su "pose" indiscreta, respondió: "Para mi, el sacrilegio sería no orar".

En esta fotografía miro la síntesis de su existencia fecunda: la fe que envuelve la acción en su más alta forma activa, que es el ensimismamiento de la oración, lista a lanzarse por los caminos del mundo, simbolizados en el bordón del peregrino.

Examinaremos el curso de esa vida admirable. Los sesenta años que en este de 1948 cumple, no han hecho mayor mella en la recia figura que alguna vez nos pintó Henri Massis. "Hombre rudo, de fuerte cuello, rico de sangre, de músculos y de nervios, hombre macizo, de pasiones vehementes, artista sensual y primitivo que ahora miro allí, inclinado ante su Dios, al que no ha debido rendirse sin combate... Rostro y cuerpo llevan las señales de esa lucha que iluminan los ojos grandes y claros llenos de un amor filial y tierno." Jeanine Delpech, que lo entrevistó en 1945, nos dice: "El rostro lleno de rasgos apacibles y en el que la edad no ha puesto sus arrugas ni las pasiones han dejado les huellas de su amargura, irradia ardiente serenidad".

En realidad este hombre de Dios caminó varios años por rutas extraviadas, se dejó arrastrar por las aguas de un siglo racionalista y conoció lo que es el golpe fulminante de la gracia que restituye a Dios lo que el mundo ha profanado.

En Villaneuve - sur - Féré - en - Tardenois, aldea del Aisne de nombre sonoro como un verso, nació en 1868. El ambiente que rodea su infancia parece ser ya signo de predestinación. Es la campiña francesa: amplias casas señoriales, llanuras cubiertas de trigos y manzanos, ambiente campesino, rudas faenas de labradores, lenguaje sencillo y varonil, el toque de Angelus que se difunde por aldea y labrantíos, la cinta de la carretera que divide los campos, y allá a lo lejos, desvaneciéndose en el horizonte, las torres de la Catedral de Rheims! Digno escenario para la infancia de Claudel que llevará siempre en los labios el sorbo del terruño, evocado después con amorosa fidelidad en la obra grandiosa de "La Anunciación a María". Bien lo había dicho: "Quien ha mordido una vez la tierra, conserva su sabor entre los dientes".

Llega la adolescencia. El siglo le da cuanto tiene: rudo fardo de materialismo científico, diletantismo renaniano, algunas mundanas amistades iniciadas en el Liceo Luis el Grande (León Daudet, Roland, Schowb) y unos pocos bellos triunfos de juventud. Durante una distribución de premios dió un beso Renán en la frente del joven Claudel. El hecho tiene un raro simbolismo: fue el beso del siglo XIX ansioso de atrapar esta alma. Pero llegó un día el beso de la gracia y la conquista fue de Dios.

Claudel mismo nos cuenta: "A los dieciocho años era un muchacho huracán, profundamente insociable. El racionalismo científico con sus pobres explicaciones del universo y el naturalismo triunfante en la novela y en el arte, chocaban con la sensibilidad delicada y la imaginación ardiente. Vino después la lectura de Rimbaud, salió por fin del horroroso mundo de Taine, de Renán y de los otros Molochs del siglo XIX".

Tras estos preludios, el golpe de gracia del 25 de diciembre de 1886 que magistralmente nos relata él mismo en el artículo "Ma Conversion" (Revue de la Jeunesse - octubre de 1913).

"En un instante fue tocado mi corazón, y creí. Creí con tal fuerza de adhesión, con tal levantamiento de todo mi ser, con una convicción tan poderosa, con tal certidumbre que, desde entonces, todos los libros, todos los razonamientos, todos los azares de una vida agitada, no han podido agrietar mi fe, ni siquiera en verdad conoverla".

Después, cuatro años de inquietud, el diálogo entre el Animus y el Anima que él mismo definía, la confirmación de la obra divina y por fin el florecimien-

to de la gracia y de la poesía, siempre hacia Dios, por todos los caminos del mundo. Desde entonces Claudel es "un misionero y un apóstol" según la expresión de Jacques Riviere.

Este temperamento misionero lo lleva a la carrera diplomática, a respirar aires lejanos, a conocer extraños horizontes: Holanda, Estados Unidos, Brasil, China, el Japón; bajo todos los soles, sin descuidar las diligencias de su cargo, la voz católica, el acento misionero se dejará escuchar en la proclamación hacia todos los vientos del testimonio de su fe.

La voz del poeta católico asume caracteres específicos, tales como deben corresponder a su misión. No es el verso regular, artificioso, tiránico en veces, acorralado pudiera decirse entre muros de acentos y medidas, pero tampoco es el "verso libre" anárquico, carente de disciplina, con que algunos disimulan el vacío de la inspiración que nunca llega.

El versículo claudeliano tiene su fundamento en el ritmo natural del lenguaje, el movimiento del corazón, el vaivén de la respiración, las cadencias del idioma francés y esa musical sucesión de grupos fonéticos y de pausas que deben conformar el lenguaje humano

La estrofa claudeliana revela un paralelismo de estilo bíblico, un balanceo de imágenes que iluminan la idea, un dulce ir y venir de frases inspiradas que evocan al instante la salmodia litúrgica. El lenguaje es ordinario, es el lenguaje del pueblo, de todos los pueblos, del campesino que llama por su nombre a cuanto lo rodea, del católico que se ha alimentado con la meditación de la liturgia, del ciudadano del mundo que en todas las latitudes alaba a Dios. "Las palabras que empleo, son las palabras de todos los días... Son vuestras frases mismas... Estas flores son las flores vuestras..." asegura el poeta.

Dotado entonces de peculiar instrumento emprende la realización del ideal misionero: lanzar a todos los vientos su testimonio. Basa su concepción poética sobre dos cimientos que concreta así: "La idea general de mi vida es un gran deseo de alegría divina y un gran movimiento hacia ella". "Como Dios por su inmensidad arrolla y penetra toda la creación, el poeta se esforzará en recoger él también todo el mundo creado y en ofrecerlo a Dios en sacrificio".

A través de su producción abundante y cimera Claudel quiere mostrar que la vida es movimiento hacia Dios, anhela recoger los sentimientos de la humanidad en sus ambiciones y en sus luchas, ser como lo pide en una de sus Cinco Grandes Odas "el buen tenedor de libros de la humanidad", "la conjugación de la tierra de Dios", hacer apostolado, en una palabra, misionar.

Alguna vez hizo Claudel esta ingenua confesión: "Cuando sé que alguna alma piadosa se ha servido de mi "Camino de la Cruz", que algunos de mis versos han sido utilizados como tema de meditación y han dado alas a la plegaria, en una palabra, que he podido hacer algo por ese Dios y esa fe que tanto me han dado a mí, siento que en realidad no he escrito ni vivido en vano".

Se le ha tildado de intransigente, pero tal apelativo es el estigma con que marca el mundo a quienes siguen los caminos de la luz. El conflicto entre el bien y el mal, entre el alma que está con Dios y el alma vacía de la amistad divina, es precisamente el que da el aliento trágico a muchas de sus obras.

Su producción abundantísima es hija de su afán misionero, fruto de una disciplinada regularidad, de una metódica labor que él mismo nos descubre en el citado reportaje de Jeanine Delpech: —"Me levanto siempre muy temprano, y durante cuarenta y siete años que he consagrado a la diplomacia, reservo siempre para mí lo que yo denomino hora virgen, aquélla en que el pensamiento, después del reposo nocturno, no ha sido distraído de las cosas esenciales por el bullicio de la jornada".

Cada una de sus obras, así líricas como dramáticas, daría para abundantísimas exégesis y en cada una de ellas se perfila la etapa de su alma misionera.

En su obra poética, desde las Cinco Grandes Odas, iniciadas en París en 1.900 hasta Los Poemas y Palabras, publicados en 1.945, encontramos que tan inmenso genio poético está siempre al servicio de Dios y que para él es el verso "herramienta nobilísima para confesar públicamente al Señor y hacer alarde de su fe inquebrantable y magnífica" (Lema Echeverri).

De su obra dramática, toda de recia envergadura cristiana, queremos hacer resaltar dos, digna expresión ambas de un llameante anhelo misionero: La Anunciación a María y Zapato de Raso.

La primera es "inmensa construcción levantada como la imagen de su protagonista en la cumbre de la iglesia de Santa Justicia de Pedro de Graon, hasta las alturas soberanas del espíritu" (Souviron). En ella se refleja como en ninguna otra la personalidad de Claudel, su alma de cruzado, el escenario de su infancia, la sombra de la esposa (hija también de un constructor de iglesias) y su genio poético, que erige en sonoros versos con ecos de naves catedralicias, iglesias imperecederas.

La segunda, obra grandiosa en que Claudel revela el misterio de América, no es tan sólo el himno de un continente; es más que la historia de un hemisferio, es su filosofía y su misión. "América, dice, debe unir al género humano. Sobre su suelo, que es el de todos los pueblos, la divina hostia sella la paz mundial. En esta mesa enorme que El nos tenía preparada entre dos océanos, quiere que vengan todos los pueblos a celebrar la pascua". "Cuando Dios entregó la América a ese Fernando, tan justamente llamado el Católico, el dón, demasiado grande, no era tan sólo para él, sino para que el conjunto de los pueblos comulgaran en ella".

Y completa después su mística visión de América con esta frase que tomo de su obra "Cristóbal Colón": "Todos los hombres tienen la vocación del otro mundo, todos tienen la intuición de esa ribera ulterior que la gracia divina quiere que alcancemos".

América es pues para Claudel el símbolo del Misterio Cristiano en el que cada hombre debe ser un nuevo Colón, descubridor del hemisferio de la gracia divina.

Afirmó Francis Jammes: "Hasta Paul Claudel, partiendo desde el bardo más antiguo que, por otra parte, no tenía ninguna razón para detestar a un Creador que ignoraba, aunque cantara a veces piadosamente sus obras, todos los poetas que han pasado en silencio o despreciado al Dios de la revelación, todos han sido exactamente unos mediocres. La posteridad pone las cosas en su lugar". (Paul Claudel NRF 1.936).

Y la posteridad ha colocado a Claudel en su lugar; no hablo del prestigio de su voz en el mundo creyente y en los dominios sin lindes de la cultura. Me límito a Francia donde tantos pontífices literarios rasgaron sus vestiduras cuando se oyeron los primeros acentos de esta voz religiosa, los clamores de esta voz misionera. En las postrimerías de 1.945 Francia consagró de manera oficial con el lauro académico que hace "inmortales" según la tradición, al poeta de Cristo. Sin los requisitos reglamentarios se le dió el decimotercer sillón de la Academia, el que ocuparon Loti, Arnaud, Racine, al poeta rechazado doce años antes y suplantado entonces por talentos efímeros.

Francois Mauriac, adalid también de la fe y otro gigante de la literatura creyente, fue designado para recibirlo.

No resulta vana la afirmación de Pierre Descaves respecto a este caballero de la fe: "Las sombras del más original y osado de los trágicos después de Vic-

tor Hugo, desaparecerán con los años, que lo harán tan clásico y claro como un Pascal o un Shakespeare. La grandeza de las imágenes, su fuerza y su estruendo han hecho de la literatura claudeliana un Renacimiento; el escritor reanimó el fuego que se extinguía y dió a las llamas de lo real una espiritualidad que faltaba en su siglo". (P. Descaves - Claudel y Mauriac, caballeros de la fe).

LA UNIVERSIDAD CATOLICA DE AMERICA

Por RAMON LUBIN GOMEZ, Pbro.

Los Obispos de Estados Unidos de América, reunidos en el Segundo Concilio Plenario de Baltimore, expresaron su profundo deseo de fundar una universidad católica, auspiciada por ellos mismos, "en la cual se enseñara toda ciencia, así sagrada como profana". Ya en el tercer Concilio Plenario de Baltimore, noviembre de 1.884, decidieron fundar un *Seminarium Principale* como núcleo al rededor del cual se desarrollaría toda una universidad. Se colocó en manos de los Obispos de Estados Unidos la organización, control y administración de esta grande obra, sujetándola, eso sí a la aprobación del Romano Pontífice. Se dió principio a la grandiosa obra con la donación de trescientos mil dólares ofrecida por Miss Mary Gwendoline Caldwell, de Newport, R. I. La Junta ejecutiva de esta bella obra estuvo en manos de Obispos y distinguidos seglares. Su Santidad León XIII, en letras de 22 de octubre de 1.885, expresaba al Arzobispo de Baltimore el gran placer que sentía con esta obra de grandes esperanzas para la Iglesia del Señor. El 10 de abril de 1.887, en carta al Cardenal Gibbons, otorgó su formal aprobación al gran proyecto. En 7 de marzo de 1.889 aceptó la Constitución de la Universidad, y le confirió plenos poderes para que en ella se otorgaran grados académicos. Se eligió a Washington como sede de la magna empresa. Se compró el Middleton State, sesenta acres. Se nombró como Rector de la Universidad al Excmo. Sr. Obispo J. Keane, S. T. D., antiguo Obispo de Richmond. En efecto, la Universidad fue incorporada al amparo de las leyes del Distrito de Columbia, y en 13 de noviembre de 1.889 se abrió la Escuela de Ciencias Sagradas en Caldwell Hall. En abril de 1.891 la Junta Directiva de la Universidad aceptó del Reverendo James McMahon, de New York, la donación de una propiedad que valía cuatrocientos mil dólares. Con la gran donación de McMahon a la Universidad, se construyó un pabellón denominado McMahon Hall de Filosofía, Ciencias y Letras. Ahí se abrió la Escuela de Filosofía y Ciencias Sociales, en octubre de 1.895. Durante la rectoría del segundo Rector, el muy Reverendo Thomas J. Conaty, D. D. (1.896-1.903) se separó la Escuela de Derecho de la Escuela de Ciencias Sociales, y esta se reorganizó en el departamento de la Escuela de Filosofía. Durante la administración del Reverendísimo Danis J. O. Connell, D. D. (1.903-1.909), se creó la Escuela de Ciencias y Letras y se separó así cada Facultad. En 1.923 se separó la Facultad de Derecho Canónico de la Escuela de Ciencias Sagradas. En vista del empuje destacado de la Universidad y atendiendo al medio donde funcionaba este gran centro cultural se revisó la Constitución de la Universidad, en 1.925 y 1.926, para terminar en julio de éste. Esta revisión dejó intacta la estructura de la Universidad, pero hizo reformas de gran trascendencia y trató más concreta y enfáticamente lo referente a los grados académicos. En 1.930, las Es-

cuelas de Filosofía, de Letras, de Ciencias se refundieron en lo que se llamó Artes y Ciencias, eso sí, con sus respectivas facultades. No entraron en esta fusión, los cursos tecnológicos, los que se agruparon en la Escuela de Ingeniería y Arquitectura. En 1.934 se creó la Escuela de Trabajo Social. En 1.935 se abrió la Escuela de Enfermeras. Con motivo de la célebre Constitución de Su Santidad Pío XI, y que comienza "Deus Scientiarum Dominus", hubo necesidad de cambiar los Estatutos de la Universidad Católica, adaptándolos a la nueva Constitución de Su Santidad: esta adaptación la aprobó la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades, el 7 de marzo de 1.937. Como Su Santidad Pío XI encareció la enseñanza de Ciencias Sociales y Económicas, se restableció la Escuela de Ciencias Sociales. Le ha dado mucho impulso a la Universidad Católica, el afán de muchísimas Comunidades de Religiosas para que las Hermanas hagan carrera en este importante centro de cultura. En efecto, al lado de esta ciudad universitaria viven diversas Comunidades de Religiosas, con este motivo. De conformidad con los deseos de la Santa Sede, existen un gran número de Colegios afiliados a la Universidad Católica, y están diseminados por todo el territorio de los Estados Unidos.

En 12 de octubre de 1.938, la Universidad Católica celebró las Bodas de Oro de su fundación. Con tal motivo Su Santidad Pío XI alabó cálidamente la obra llevada a cabo por esta famosa Universidad en medio siglo y hacía énfasis en el fruto colmado que había dado, y relievaba las futuras responsabilidades que la Universidad tenía de acuerdo con la mente y la esperanza de los fundadores. Los Obispos de los Estados Unidos, para corresponder a los deseos de Pío XI, inauguraron un amplio programa de educación fundamentándolo en los principios de democracia cristiana e iniciaron una efectiva cruzada por el respeto a Dios en el Gobierno de su país. El 13 de noviembre de 1.939 celebraban también su jubileo los 11 primeros profesores y los 42 primeros estudiantes de la Universidad Católica, y con tal motivo Pío XI por radio los felicitó, les dió la bendición Apostólica y les dijo: "Nuestra grande esperanza, después de cifrarla en Dios, la ciframos en las Escuelas de la cultura cristiana antiguas y nuevas; entre ellas está la Universidad Católica como ejemplo típico, asignándole, en su celo por la verdad, el debido lugar a la razón y revelación en el estudio de las Ciencias Naturales y Metafísicas".

En nuestro último viaje a Estados Unidos, estudiamos muy detenidamente la organización de esta famosa Universidad y vimos, con sorpresa, la excelencia de su progreso y cómo allí se cumple exactamente la Pontificia Constitución "Deus Scientiarum Dominus" y cómo tiene un cuerpo respetabilísimo de profesores. Ahí ocupa una de las cátedras de Sagrada Teología el Reverendísimo Louis A. Arand, S. S., M. A., S. T. D.; ocupa una de las cátedras de Derecho Canónico el competente profesor Jhon Rogg Schmidt. Tuvimos la satisfacción de notar cómo los estudios de la Universidad Católica tienen mucho parecido a los que se hacen en Roma. No va mal encaminado el que elige esta famosa Universidad para doctorarse en cualquiera de sus facultades. Nos pareció de mucho interés la formación que dan a los seminaristas los Reverendos Padres Sulpicianos en un Seminario de trescientos alumnos, todos ellos estudiantes de Sagrada Teología en la Universidad Católica. Este Seminario está al lado de la Universidad. Así mismo, los Reverendos Padres Sulpicianos tienen otra casa para los Sacerdotes que estudian en la Universidad Católica. Sería muy recomendable que muchos de los que aspiran al Sacerdocio en Latinoamérica, recibieran esta esmerada formación de los Reverendos Padres Sulpicianos e hicieran sus estudios en la Universidad Católica. Tuvimos el gusto de hablar detenidamente con estos seminaristas así estadounidenses como latinoamericanos y nos manifestaron cuán satisfechos se en-

contraban en todo sentido. Y no sólo para los eclesiásticos es muy recomendable sino para los civiles. Nos tocó hablar en Chicago con un colombiano que hace la carrera de Antropología: nos dijo deseaba terminarla en la Universidad Católica, ya que, por la información de personas de todo crédito, ahí se hace muy bien esa carrera. En efecto se trata de una universidad de alto nombre, dirigida por el Clero seglar. En la actualidad hay cinco mil estudiantes de muchos países del mundo perfeccionándose en diversas ciencias, ya que la Universidad tiene numerosas facultades y cuenta con elementos adecuados para cada cátedra.

Washington, es, a no dudar, un centro de gran cultura y cuenta con muchas universidades que gozan de justa fama y con gran variedad de especialidades. Una de estas, muy ilustre por cierto, y en la que hay gran cantidad de estudiantes latinoamericanos, es la de Georgetown de los Jesuitas. Hay ahí otras universidades e institutos de gran fama en Derecho Internacional v. g., The School of Advanced International Studies".

EN TORNO A LA SITUACION DE LA FILOSOFIA

Por HERNANDO SANTANA MARRE

Desde tiempos inmemorables ha tenido la Filosofía que protegerse de los ataques que han atentado desde diversos ángulos de visión, en contra de la dignidad de su estructura como de su misma unidad.

Se produjeron los grandes acontecimientos del pensamiento filosófico como la revolución aristotélica y la revolución tomista que moldearon de un modo definitivo el cariz íntegro de la cultura de Occidente y nacieron también como corolario de ellas, las grandes negaciones tales como la cartesiana, la kantiana y la comtiana, abrigando cada una sus elementos aristotélicos y pre-aristotélicos.

Encausadas de un modo o de otro, todas las tendencias progresaron o incorporáronse totalmente bajo los principios del ser y de la razón, o progresaron por substitución (véase, J. Maritain, "Sept leçons sur l'être", I.), es decir, inspiradas bajo el mismo criterio con que el hombre procede a cambiar un instrumento artístico por el solo hecho de ser anticuado o inservible para el momento civilizatorio, sin haberse previamente detenido sobre el fundamento de dicha actitud.

Las grandes negaciones han cobrado tal carácter justamente de una modalidad más o menos pronunciada.

El historiador de la Filosofía que con denodada curiosidad ha auscultado el latir viviente del SABER FILOSOFICO, ha encontrado a cada instante estas aserciones.

Hay una labor extensísima cuyo frutos terminan en la negación. Ricas experiencias expresadas en Weltanschauungs cuyos contenidos azotan al sentido común y a los primeros principios.

Constelaciones de pensadores pueden mencionarse salidos de la órbita de la inquietud metafísica del hombre. Pero ello no obsta. Lo que ha de ser anhelo, es la investigación SINE IRA ET STUDIO de los tesoros dejados a las generaciones cuyo valor ha de medirse en el grado en que vayan a afectar una existencia ideal tanto terrenal como beatífica.

Por eso, el concepto verdadero de Filosofía dista de asemejarse con cualquier concepto del orden factual o contingente. No es instrumento de arte que envuelve según la edad antropológico-histórica del homo sapiens. No es un capricho mental como lo profesan las posiciones psicologistas acéfalas. Absolutamente. Así comprendido, la ruta de la Filosofía se ha perdido completamente de su galaxia.

¿Por qué no arriesgarse en el seno de la Filosofía y detenerse a analizar, para comenzar, la definición aristotélica de PRINCIPIO? (Véase, *Metafísica*, L. IV, c. I: 1013 a 17). ¿Podrá el investigador tener el valor de seguir hasta el último es preguntándose radicalmente si el ser es inteligible? ¿Si la verdad existe? Y si así fuese... ¿Cuál es el fundamento del principio que lo sustenta? ¿O tendrá el inquisidor la proeza de llegar al término de la pregunta definitiva y plantearse si su propia existencia exige algún sentido para él o es todo una mera ilusión? A menos que se trate de ignorancia de principios, le corresponde a la Psiquiatría hacerse cargo de concepciones nihilistas o suicidas.

Sin duda alguna, es eminente la influencia que el siglo XX conserva de Bacon y Descartes; de las doctrinas del Renacimiento; del empiricismo inglés de Locke, Hume, Spencer y Mill; del positivismo de Comte y Taine; del materialismo alemán de Feuerbach y Buchner, etc.

Además es de agregar el renacimiento positivista de la Escuela de Cambridge y del Círculo de Viena. Esta última institución inspirada en las doctrinas de Avenarius, Mach, Peano, Duhem, Russel y Alberto Einstein, ha elaborado una forma nueva de positivismo en un "empiricismo lógico" integrado por el cálculo matemático. Se han reforzado más estas doctrinas aún, por el auge experimentado recientemente en las ciencias físicas incluyendo los trabajos de la teoría de la Relatividad misma, la enunciación del Principio de Indeterminación de Heisenberg y las teorías de Broglie.

Operan desde otros sectores movimientos filosóficos como la fenomenología y axiología alemanas, el pragmatismo americano, el intuicionismo de Bergson informando una buena parte de la inquietud de los últimos tiempos, etc.

Las generaciones de Occidente se han visto envueltas en las nebulosidades de las negaciones dentro de un común denominador: su posición especial frente a la Filosofía aristotélico-tomista. Las fueron unas por alimentarse de las corrientes de la época sin un mayor conocimiento de la tradición, otras, por un puro resentimiento contra la Filosofía Cristiana identificada lamentablemente con el mundo cristiano temporal. Deplorable actitud del hombre!

Además de este horror ciego a la metafísica escolástica, es importante anotar el movimiento de bajada que la humanidad inicia hacia la MATERIA desde hace unos siete siglos y cuyos orígenes teóricos, el FINIS OPERANTIS, es fácil indicar con todo fundamento ya en Platón (Véase, *República*, L. II y sgs.).

¿Cuales son los antecedentes que pudiésemos asignar ser causa común de la divergencia omnipresente de los sistemas filosóficos y en especial con respecto al Tomismo?

Todas las contestaciones que se han dado a esta conjetura o han cubierto solo parcialmente el problema, o han explicado como causa lo que es meramente consecuencia.

Se ha afirmado más de una vez que todas las escuelas filosóficas pueden resumirse en último término en el conflicto entre ESENCIA y EXISTENCIA. ¿Explica dicha afirmación la verdadera naturaleza de la cuestión?

Otro punto de vista bastante socorrido apunta al nominalismo ser fuente de anarquía de las tendencias (Véase, J. Maritain, *Degrés du savoir*, Introd.). La posición de Maritain se salva en este criterio al estipular que, antes que la

Filosofía se organiza como tal, ya todos los errores se habían escrito (Véase, *Introduction a la Philosophie*, primeras páginas).

Nos estamos planteando el legítimo PROBLEMA de la FILOSOFÍA en cuanto problema y le corresponde a la historia de las ideas desentrañarnos su secreto.

No importa qué senderos tomen las investigaciones; no importa qué intuición fundamental las alumbró; sea que busquen la verdad como propósito máximo de su objeto, sea la problematicidad, sea el valor de la inteligencia en su autonomía moral, etc., todas sin ninguna excepción han ido irremediablemente a encontrarse con un abismo permanente, el onto-epistemológico cuyo escenario se enclava en tres pedestales: 1) el ENS MOVILE, ante: 2) la singularidad de las cosas versus: 3) la universalidad del conocimiento.

Este nudo simbiótico ONTO-EPISTEMOLOGICO ha informado a la Filosofía a través de todos los tiempos y ha registrado ostensiblemente el énfasis que los sistemas han colocado en cada uno de sus elementos permitiendo así a la historia acusar en determinados periodos de su existencia, cuál ha sido su genuina situación.

La pauta genealógica de la Filosofía la ofrece el sitio que el ser conocido tiene ante el ser cognocente. En otras palabras, la querrela perenne se resuelve en última instancia en la posición asignada a la Metafísica frente a la Gnoseología.

Si una escuela se ha mostrado existencialista ha sido precisamente por no haber resuelto el problema epistemológico en el sentido estrictamente aristotélico-tomista. Si se ha mostrado idealista afectando concesiones platónicas o kantianas, la razón ha sido idéntica, es decir, toda escuela inclinada ya hacia el mundo de las esencias, ya hacia el de las existencias, registra en su seno el punto neurálgico en que se fundamenta metafísicamente el conocimiento intelectual.

Por eso, cuando se ha pensado que las esencias o las existencias dan organicidad a todos los sistemas en cuanto a sus primacías, se ha confundido lamentablemente la naturaleza del efecto con la de la causa, esto es, Esencia y Existencia como conflicto no es sino consecuencia del antecedente SUJETO y OBJETO en remota contraposición y genuino conflicto. No entendido así, se ha profesado una concepción equívoca frente a la verdadera situación de la Filosofía y ante los problemas de abordar desde los cimientos del Realismo gnoseológico.

La esencia y la existencia como conflicto acusan perennemente el mismo origen epistemológico. Se ha mantenido a través de los siglos y es problema permanente que subsistirá mientras el hombre piense.

La gran mayoría de filósofos modernos y contemporáneos como historiadores de la Filosofía han desatendido lo que de secuencia hay en lo tradicional. Más aún, la verdadera genealogía de las ideas ha sido históricamente ignorada. Se está escribiendo actualmente sin más recursos que la inspiración espontánea que culmina no pocas veces en el subjetivismo (Estúdiense los casos sólo de Max Scheler, Nicolai Hartman, Martín Heidegger y Edmund Husserl y revísense junto a su aporte la influencia ejercida en América y el alogicismo y curiosidad de sus orientaciones).

Breve análisis del problema.

Dijimos más arriba que las escuelas de las grandes negaciones tienen de común su posición especial frente a la Filosofía aristotélico-tomista.

Ahora bien, la escena que presencia Santo Tomás guarda semejanzas con la aristotélica sumadas a ella el platonismo y aristotelismo mismo en pugna entre sus contemporáneos.

¿Que interpretación le cabe a Santo Tomás dadas las adquisiciones de sus disputadores cuyas doctrinas se están jugando una suerte definitiva?

El ambiente que Santo Tomás a su advenimiento vive, es monopolizante.

Se están debatiendo escuelas tan divergentes como las representadas por pensadores árabes, judíos y cristianos. Su misión es de juez de las ideas en debate cuyas tesis están informadas desde las luces del dialecticismo aristotélico y sus propios axiomas y que servirán para elaborar íntegramente las bases racionales de la Fé en conciliación con lo revelado en las Escrituras. Pero afirma ésto, es demaciado prematuro; hay prolegómenos que piden a la verdad histórica, prioridad de consideración.

Hay en Aristóteles una porción doctrinal perenne. Es precisamente lo que Santo Tomás elabora por salvar: lo que de universal hay en el aristotelismo desligado del encauce de traductores y comentaristas ¿Donde ubicarlo? En el mismo anti-platonismo del Estagirita. Es ésta la antítesis que se confronta íntegramente en las corrientes imperantes de la Edad Media en donde hacen cuerpo de doctrina entre otras, el platonismo agustiniano, el judeo de Avicibrón, el árabe de Avicenna y el peculiar aristotelismo de Averroes, etc.

Le basta a Santo Tomás ir al mismo teatro griego para lograr su cometido.

Hemos sostenido que el trauma simbiótico ONTO-EPISTEMOLOGICO ha informado a la Filosofía a través de todos los tiempos y que es éste el nudo insalvable que perdura en los sistemas todos.

Pués bien, detengámonos brevemente en las fuentes de Aristóteles y remontémosnos a lo macizo del platonismo y de sus mismos orígenes, esto es, al aporte que viene desde Parménides y que va a subsistir escondidamente a la posteridad y veamos cómo el conflicto entre epistemología y metafísica se desenvuelven insistentemente.

En su Comentario a la Metafísica de Aristóteles, lect. 9, 138, Santo Tomás escribe:

"Parménides argumenta como sigue: fuera del "ser" nada hay sino el no-ser y aquello que es no-ser, es nada. Dado que el ser es uno, todo lo que está fuera de lo "uno" es nada. De este argumento se hace claro que Parménides estaba pensando en el concepto de "ser" el cual parece ser uno, el mismo y unívoco; porque es impensable que algo pueda añadirse al concepto de ser y que así mismo un concepto de ser se distinga de otro. Porque si algo habría que agregar al ser ello tendría que venir desde fuera del ser y de algo distinto. Pero lo único que hay extraño y fuera del ser, es el no-ser o nada. De aquí que la noción de ser no pueda modificarse y no pueda ser sino una, única y unívoca. Por otra parte, observamos que las diferencias específicas no participan en la esencia del género. Pero todo aquello que tratamos de concebir como fuera del ser es no-ser y por lo tanto, no puede modificarse el concepto de ser".

Vemos cómo la doctrina de Parménides se encausa directamente hacia la univocidad del concepto de ser. ¿A qué nos conduce una tal conclusión? ¿No es acaso a predicar del mismo e idéntico modo el ser material, el ser espiritual, el ser del conocimiento, el ser de Dios?

Parménides se ve envuelto en la imposibilidad de resolver los polos de la realidad: ser y conocer. Es necesario agregar a ello, la carencia de distinción que manifiesta en su doctrina hasta tal punto de afirmar que, "Ser y conocer son la misma cosa". Es en éste axioma donde mejor se puede corroborar, en él, el ansia de hacer metafísica entroncando una teoría del conocimiento sin escindir lógicamente lo que conviene a uno y pertenece al otro en el orden de realidades.

Hay elementos que Platón recibe de Parménides y que pasa a desarrollar en su concepción del mundo.

En un pasaje del Libro V de la República escribe (por no tener a mano una versión española transcribo la clásica inglesa de B. Jowett, Publ. Walter J.

Black. New York, página 364 y sgtes.) (Los personajes del diálogo son Glaucon y Sócrates):

"The lovers of sounds and sights", I replied, "are, as I conceive, fond of fines tones and colors and forms and all the artificial products that are made out of them, but their mind is incapable of seeing or loving absolute beauty".

"True", he replied.

"Few are they who are able to the sight of this".

"Very true".

"And he who, having a sense of beautiful things has no sense of absolute beauty, or who, if another lead him to a knowledge of that beauty is unable to follow - of such an one I ask, is he awake or in a dream only? Reflect: is not the dreamer, sleeping or walking, one who likens dissimilar things, who puts the copy in the place of the real object?"

Más adelante el diálogo continúa:

"But we should like to ask him a question: Does he who has knowledge know something? (You must answer for him)".

"I answer that he knows something".

"Something that is or is not?"

"Something that is; for how can that which is not ever be known?"

"And we assured, after looking at the matter from many points of view, the absolute being is or may be absolutely known, but the utterly non-existent is utterly known?"

"Nothing can be more certain".

"Godd. But if there be anything which is of such a nature as to be and not to be, that will have a place intermediate between pure being and the absolute negation of being?"

"Yes, between them".

"And, as knowledge corresponded to being and ignorance of necessity to not-being, for that intermediate between being and not-being there has to be discovered a corresponding intermediate between ignorance and knowledge, if there be such?"

"Certainly".

A manera de ilustración debemos decir cómo Platón informa en este pasaje, entre otros, la tesis del "cogito, ergo sum" de Descartes, el "problema del puente" de Kant y "el ser de la propia existencia" de Heidegger. Repito y entiéndase bien, aquí Platón informa, no adelanta.

En el trozo citado puede notarse la distancia a que Platón ubica la realidad y compararse, sin embargo, que la doctrina no es tan radical como la de Parménides. Se anuncia un acercamiento hacia el mundo de la realidad sensible, ens movile. Entre el ser y el no-ser coloca el ser indeterminado que corresponde gnoseológicamente a la doxa (oponión). Hay entonces un realismo de lo no-inteligible (véase: Pegis, A. The dilemma of unity and being) pero este realismo es idea y por lo tanto participa, aunque no totalmente, de la verdadera realidad, la contemplación del ser (episteme).

Hay otros pasajes en que Platón se detiene sobre el tema como en los libros VI y VII de la República; en el Fedo, 74 A ff; Parménides, 131 E, etc.

Así suscitadamente tocadas las doctrinas de Parménides y Platón, logramos situar lo que en los balbuceos de la meditación dialéctica se está preparando.

Resumiendo la posición platónica podemos anotar: universalidad del conocimiento —poseer en predicación suprema las perfecciones de los datos sensi-

bles; substantividad— existencia a se, e inmutabilidad—relación antípoda al *ens mobile*, ser que deviene. Así se ha caracterizado a la epistemología de Platón.

Naturalmente su teoría onto-epistemológica no es inteligible si no se tiene en cuenta su concepción del alma humana en su origen, naturaleza y destino. Su epistemología de la participación que profesa hace afirmar que el hombre alcanza la verdadera realidad, en cuanto su conocimiento adhiere a las ideas eternas u orden real.

¿Cuál es la conclusión que podríamos preparar y que dimana directamente de los elementos constitutivos de estas primeras experiencias sistemáticas?

Como lo veníamos anunciando, el nudo ONTO-EPISTEMOLOGICO, barrera inevitable de todos los sistemas, puede quedar escindido como sigue: ENS MOVILE ante singularidad de las cosas—versus ENS RATIONIS CUM FUNDAMENTO IN RE—universalidad del conocimiento.

O analizando más detalladamente concluimos: la suerte del primero se nutre desde la IMPOSIBILIDAD DE ESCINDIR ANALOGICAMENTE EL SER EN POTENCIA Y ACTO; y el segundo: DESDE LA VALORIZACION RELATIVA ASIGNADA A LOS SENTIDOS EN SU NATURALEZA COMO FUENTE DE CERTIDUMBRE COGNOCTIVA.

X X X

Después de haber enfocado brevemente las fuentes del Escolasticismo, estamos en posesión de desentrañar las causas suficientes que condujeron a los antiguos al dialecticismo en su DISOCIACION REALISTA.

El lenguaje filosófico griego como: DIANOESIS—conocimiento discursivo; NOESIS —conocimiento intuitivo—; PISTIS —conocimiento del orden sensible y referentes a los cuerpos—; EIKASIA —simple reproducción de las imágenes, etc., es una gramática valiosa en lo que de aproximativo se cristaliza hacia la solución del conflicto ser y conocer.

El conformismo hacia el no-ser; el trascurso de la *specie impressa* a la *specie expressa*, apenas se sospecha. Este último se diagnostica sin los elementos causales del entendimiento posible y entendimiento agente. No ha nacido todavía la teoría de la potencia y acto y la doctrina de la abstracción —hallazgo aristotélico definitivo— se diseña obscuramente. No existe una distinción clara entre el ser universal y el ser trascendental; entre lo unívoco y lo analógico; entre sujeto y objeto; entre metafísica y gnoseología.

Este acervo de intuiciones del pre-aristotelismo son adquisiciones que van a mantenerse a través de la historia. La afirmación o negación de la realidad extra mentem en sus diversos grados, como la afirmación o negación de las ideas en su validez universal y trascendente son doctrinas que van a pasar a la posteridad en posiciones múltiples de las escuelas filosóficas.

De lo dicho se puede ver cómo la esencia y la existencia en cuanto conflicto; el nominalismo, el racionalismo, el idealismo, etc., separadamente considerados NO RESISTEN LA RESPONSABILIDAD INTEGRAL DE LA ANARQUIA DE LOS SISTEMAS. Un análisis de las fuentes de los problemas en pugna pone de manifiesto cómo las divergencias innipresentes entre los pensadores acusan como origen el primitivo dilema entre objeto y sujeto, entre metafísica y gnoseología en sus elementos constitutivos.

Para terminar este esquema digamos que la estructura y unidad de la Filosofía se han visto atacadas desde todos los horizontes justamente desde los datos de las primeras suposiciones y muchas de ellas expresadas categóricamente por boca de los personajes de los diálogos platónicos. Ningún pensador o grupo de

pensadores hace excepción a lo explanado, rindiendo tributo a lo que fue desde el principio valla insalvable.

Esta atención por la estructuración y unidad de la Filosofía ha pasado desapercibida en el trascurso de la historia. Entre los mismos escolásticos se ha registrado una ligereza notable referente al modo de tratar las dificultades con que tropezaban los griegos. Así por ejemplo si propone a exponer tópicos como las antinomias del movimiento y Zenón, Heráclito o Parménides intervienen en el escenario, no se tiene en cuenta lo que hemos estado afirmando e irremediablemente se da la puerta de salida a la pregunta e interviene la teoría de la potencia y acto a explicar el trance. Y así hay muchas instancias.

Análisis de esta naturaleza explanan las ideas sólo en su entrega semántica actual pero no en su ascendencia remota y formativa, no vertiendo por lo tanto la genealogía pura y legítima, de facto y de jure, del pensamiento desde sus mismos balbucesos cuyos obstáculos son permanentes en la mente del ser humano.

La posición de la Filosofía es sólo sondeable según se considere el verdadero aporte de la tradición griega recibida por Aristóteles y después por Santo Tomás junto al significado de la revolución provocada por ellos (Santo Tomás se ocupa del problema presente en la Summa Theologica, Q. 84-89 y artículos incluso; en Contra Gentiles; De unitate intellectus, etc.). El modo como Santo Tomás ase el tema, no va consagrado conciente y necesariamente a demostrar que el origen de la divergencia reinante se deba a la dificultad de resolver el problema como conflicto entre objeto y sujeto, sino que ve de las demás doctrinas un disentimiento ante los datos lógico-metafísicos del Estagirita y de los cuales él se sirve a través de toda su labor.

La obra Tomista es teleológicamente Teológica ante nada y no dedicada mayormente a hacer epistemología que daba por resuelto dentro de los límites del realismo moderado cuya fórmula la condensaba en el axioma: existe el universo.

De lo sustentado se desprende también (esto lo sostengo contra la opinión del Profesor Yves Simon de la Universidad de Notre Dame) que fue Aristóteles y no Kant, el primer epistemólogo. Que Aristóteles no haya tenido mayor conciencia de lo que resolvía, nada obsta.

Sin un detenido análisis y comprensión de la historia, jamás se podrá discutir sobre el orden remoto y actual en que las ideas se estructuraron y envolvieron aún contándose con síntesis universales para elaborar nuevos problemas y expresiones.

Por esto, es necesario ir al origen y fuentes mismos del pensamiento para poder discernir sobre las preguntas que movieron la inquietud metafísica de los primeros pensadores —y que son permanentes en la especie humana— y bucear lo que de actual y eterno en este siglo XX, podemos vislumbrar en las conjeturas que el hombre se hace tras la unidad de su pensamiento y existencia al trazarse una concepción total dentro de su soledad negativa frente al Creador.